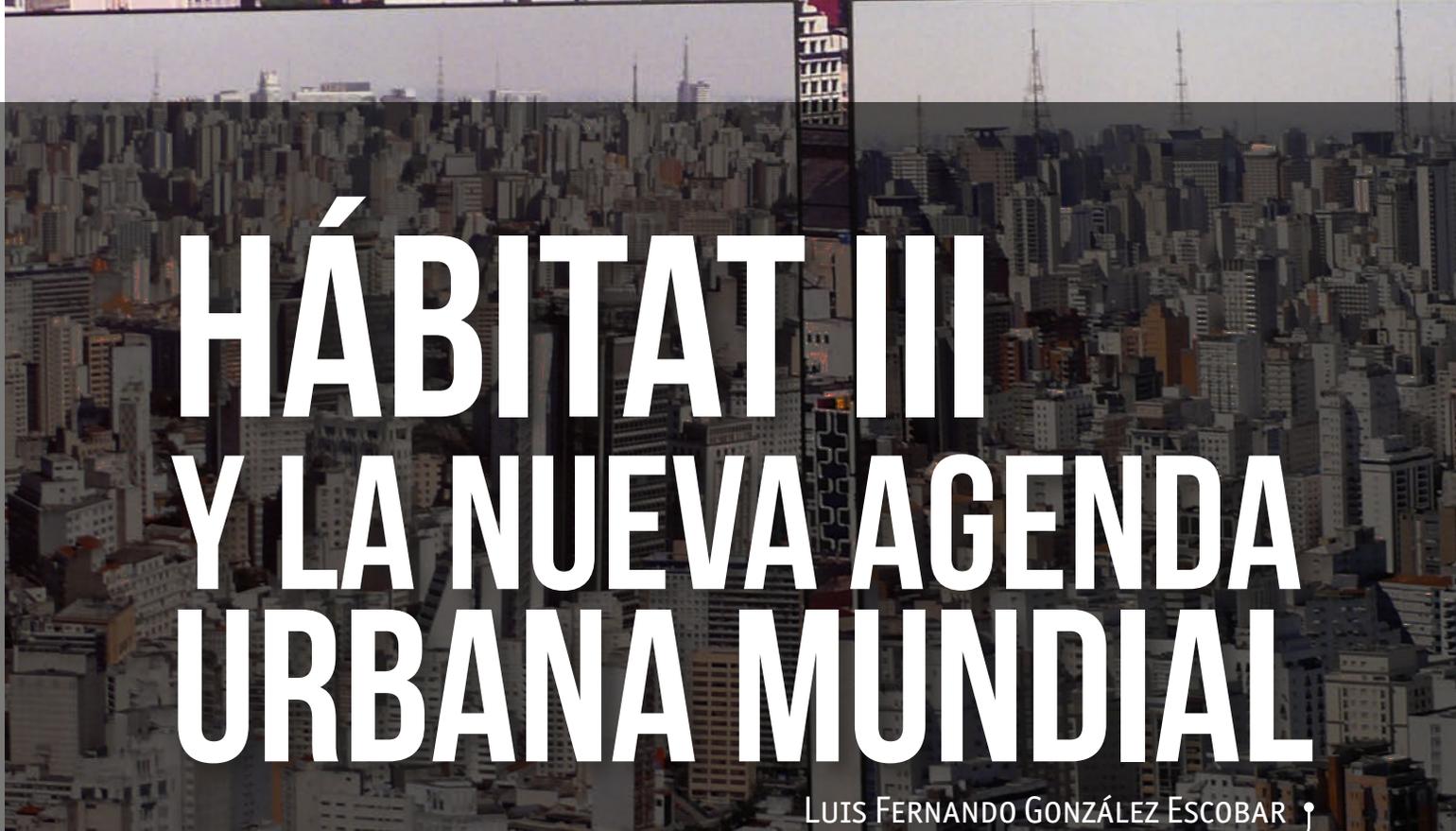




{ *Arquitectura* }



HÁBITAT III Y LA NUEVA AGENDA URBANA MUNDIAL

LUIS FERNANDO GONZÁLEZ ESCOBAR

FOTOGRAFÍAS DEL AUTOR



Entre el 17 y el 20 de octubre de 2016 se reunieron en Quito más de cuarenta mil personas en un megaevento: la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Vivienda y Desarrollo Urbano Sostenible, conocida de manera simple como Hábitat III. Como su nombre lo indica, era la tercera edición de un evento convocado por la ONU para hablar sobre las problemáticas urbanas en el mundo. El primero fue en Vancouver (Canadá) en 1976, el segundo en Estambul (Turquía) en 1996 y ahora este en la capital de Ecuador.

En 1973, cuando se realizó en Estocolmo la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Ambiente Humano, se decidió hacer un evento exclusivo para lo que se nombraba en aquel momento como “asentamientos humanos”. El crecimiento desmesurado de las ciudades se problematizaba desde los discursos ambientales, en pleno avance entonces, como un escenario de crisis y con una perspectiva apocalíptica. El horizonte del año 2000 era visto con temor, como el escenario de grandes catástrofes, especialmente en las ciudades del mundo subdesarrollado (el término o categoría que se empleaba entonces), incluidas las latinoamericanas, que eran vistas como “espacio de máxima acumulación destructora”. Por eso se hizo urgente realizar la primera Conferencia de las Naciones Unidas sobre los Asentamientos Humanos en Vancouver.

Cuarenta años después, la población mundial pasó de 4 mil millones a más de 7 mil millones, con un crecimiento en estos años del 81%, en términos absolutos, pero con una gran

diferencia: en 1976, el 37.9% de la población era urbana, mientras que para el 2015 dicha población representaba más de la mitad, aproximadamente el 53.86%, que equivale casi a 4 mil millones; esto es, la misma población mundial de hace cuatro décadas habita hoy concentrada en las ciudades. No obstante, pese a esa dinámica, la crisis ya no es urbana, como se diagnosticaba entonces, ahora es global. El escenario apocalíptico es el de toda la Tierra con calentamiento global, mientras el escenario urbano se erige como el espacio de máxima posibilidad, ya no de destruir sino de salvar el planeta, pues, como señalan autores como Edward Glaeser, la aglomeración, la densidad y la proximidad son valores cada vez más preciados, tanto en la generación de riqueza, algo que ya se sabía desde la Antigüedad, como en la reducción del consumo de energía y de las emisiones de carbono, que se avizora como factor determinante del futuro. En estos cuarenta años no se cumplió con la promesa de la cobertura de agua y alcantarillado, no se ha eliminado la pobreza, pero se considera que es en la ciudad donde los pobres tienen mayores y mejores posibilidades que en la ruralidad. Por eso se han necesitado dos eventos más.

En Vancouver se necesitaron doce días para producir un documento en el que se hablaba de temas como el aumento de la población mundial, el desarrollo económico desequilibrado, la rápida urbanización improvisada, la segregación social y la degradación ecológica y ambiental, por lo que se convocaba al mejoramiento de la calidad de vida, al desarrollo económico para satisfacer las



necesidades y la dignidad humana, a la libertad y la soberanía de los pueblos, a la protección de los recursos ambientales, al progreso universal, a la rehabilitación de las personas sin hogar y a la participación de la mujer en el mejoramiento de la calidad de vida. Todo esto para reclamar la reorientación de la migración del campo a la ciudad, asegurar procesos ordenados de urbanización, mejorar la calidad de vida de los asentamientos humanos, convertir la vivienda y los servicios en un derecho humano básico, garantizar el derecho de los ciudadanos a participar en las políticas y programas que afectan sus vidas, estimular las tecnologías que favorecen al máximo el empleo productivo, ejercer el control público sobre la tierra para garantizar el acceso a ella y, por ende, a la vivienda, atenuar las disparidades entre lo urbano y lo rural, y planificar de manera adecuada teniendo en cuenta las recomendaciones de las distintas conferencias que ya se habían realizado con antelación sobre medio ambiente, salud, desarrollo rural, mujer, etc.

Leer hoy ese pronunciamiento hace pensar en un evento pleno de idealismo pero también de ingenuidad, en donde cada frase estaría inflada de altruismo sino fuera porque, ayer como hoy, quienes signaron dicho documento son los gobernantes de turno que, como sabemos, no firman nada que los comprometa realmente con el cambio y suscriben todas aquellas generalidades inocuas que, en su toque cosmético, los hacen quedar bien ante el mundo y solo permiten pequeñas transformaciones superficiales sin poner en peligro el statu quo. Bien lo dijo el arquitecto

colombiano Harold Martínez Espinal, quien estuvo en el evento en Vancouver, y pocos días después de su regreso, al presentar un informe del mismo, escribía algo que no solo sería conclusión de ese evento sino que además se proyectaría a Estambul, llegando hasta Quito: “Pasada ya la reunión de Vancouver, podemos asegurar que esta ciudad pasará a la historia, mas no como el sitio donde el hombre hizo su autocrítica, sino como el sitio donde el hombre promocionó su insensatez”.¹

Insensatez adobada de altruismo, buenos modales, frases comedidas y pronunciamientos diplomáticos, presentes también en Quito. Ahora fueron solo cuatro días para proclamar una Nueva Agenda Urbana (NAU), que pretende, ahora sí, hacer lo que no se hizo en los cuarenta años anteriores, aunque con nueva redacción, términos más contemporáneos y, tal vez, novedosos; de ahí que se proponga “eliminar la pobreza y el hambre en todas sus formas y dimensiones, reducir inequidades, promoviendo un crecimiento económico sostenido, incluyente y sostenible, alcanzar la equidad de género y el empoderamiento de todas las mujeres y niñas, mejorar la salud y el bienestar humano, así como fortalecer la resiliencia y proteger el medioambiente”.

Es cierto, como se dice en el mismo pronunciamiento, que en estos cuarenta años se mejoró la calidad de vida de millones de habitantes urbanos, pero lo que no han cambiado son las causas para que persistan esas múltiples formas de pobreza, de crecientes desigualdades y de degradación del medio ambiente. Eso no se aborda.

En estos cuarenta años no se cumplió con la promesa de la cobertura de agua y alcantarillado, no se ha eliminado la pobreza, pero se considera que es en la ciudad donde los pobres tienen mayores y mejores posibilidades que en la ruralidad. Por eso se han necesitado dos eventos más.

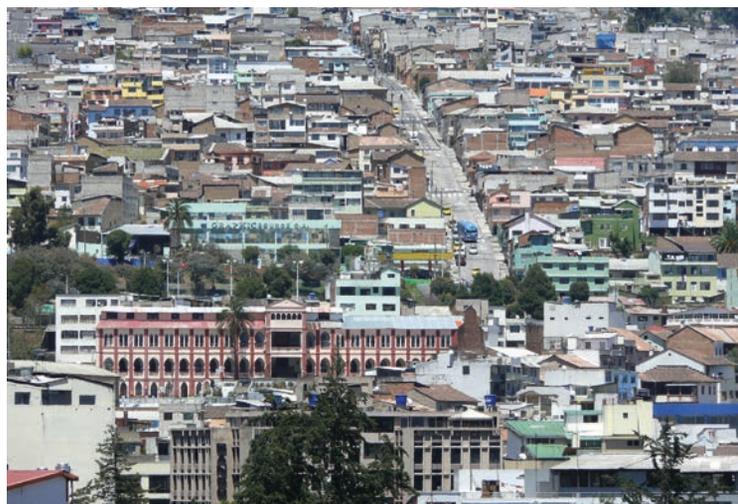
De ahí que el texto abunde en un “urbanismo conceptual”, esto es, en todas las palabras que están de moda para designar fenómenos urbanos y posibilidades para los habitantes de las ciudades: inclusivas, resilientes, sostenibles, justas, seguras, saludables, accesibles, económicas y un largo etcétera. Luego del paréntesis de Estambul, que, de alguna manera, fue más modesto, en donde se apoyó el derecho a la vivienda, ahora se incluye una visión más amplia, como lo es el “derecho a la ciudad”, por lo mismo más genérica y vaga, pese a la persistencia de las organizaciones no gubernamentales de darle contenido y sustancia, con el fin de que las personas tengan igualdad de derechos y oportunidades, como se dice en el mismo texto. Un derecho que debería obligar a las ciudades a cumplir una función social, a ser participativas, lograr equidad de género, empoderar a mujeres y niños, generar un desarrollo económico sostenido, impulsar el desarrollo urbano y territorial equilibrado, y promover la protección y restauración de los ecosistemas y la biodiversidad.

La NAU toma partido por la ciudad y por las oportunidades que brinda la urbanización, vista como un motor para el crecimiento sostenido e incluyente. Con tal propósito hace un llamado para la acción, aunque no sabemos cómo, y solo es una

triste y famélica exhortación a gobiernos de todo orden —y a lo que llama actores relevantes—, a la cooperación, a la acción compartida, a tener una visión colectiva y un compromiso político para promover y hacer posible el desarrollo urbano sostenible para la inclusión social y la eliminación de la pobreza. Claro está, también señala que es una oportunidad histórica, y hace compromisos para la erradicación de la pobreza, el desarrollo centrado en las personas, el respeto a los derechos humanos, la coordinación entre gobiernos, la promoción de políticas de vivienda, ojalá integrales, el acceso en igualdad a la infraestructura física y social, la promoción de espacios públicos, el impulso al patrimonio natural y cultural, a un entorno seguro, a la diversidad en las ciudades, y así un encadenamiento de compromisos, de los cuales no sabemos quién hará seguimiento ni a quién pedir cuentas dentro de veinte años, cuando se haga en alguna parte del mundo Hábitat IV, si aún existe, por no atender los diagnósticos ni los compromisos. Este es un pronunciamiento entre el *déjà vu*, frases relamidas propias de un reinado de belleza y lo políticamente correcto, tal vez porque recoge y apoya pronunciamientos de otros tantos eventos globales, igualmente inanes e inocuos. No en vano fue un trabajo de dos años de filigrana diplomática, de una burocracia que va por el mundo haciendo este tipo de ejercicios en los que es experta, para que lleguen gobernantes presurosos a firmar lo que no los compromete a la luz de los reflectores de los medios. Pero a Quito ni siquiera llegaron los gobernantes. Pese al encabezamiento de la declaración, “We, the Heads of State and Government, Ministers and High Representatives...”, esto es, “Nosotros, los jefes de Estado y de Gobierno, Ministros y altos representantes...”, muy pocos estuvieron de cuerpo presente para refrendar lo acordado; acaso tres jefes de gobierno, que pasaron con más pena que gloria, como para significar algún compromiso real de los gobiernos nacionales de recoger y aplicar las supuestas acciones incluidas en la declaración, algo que contrasta fuertemente con los 156 jefes de gobierno que estuvieron en diciembre de 2015 firmando el Acuerdo de París sobre Cambio Climático —conocido con la sigla COP21—, o los 136 que firmaron en Nueva York, en septiembre de 2015, los Objetivos de

Desarrollo Sostenible (SDG). Algo va de París y Nueva York a Quito, pues en los pactos de aquellas dos ciudades se destinaron recursos, se definieron indicadores, y son pactos vinculantes. Se supone que a Quito asistieron 167 delegaciones de los 193 Estados miembros de la ONU, pero aun así nada de lo consignado es vinculante, ni obliga, ni tiene indicadores ni real seguimiento y, como lo dijo el propio secretario general de la ONU en su discurso de inauguración, apenas era un imperativo moral para generar acuerdos que garantizaran el nuevo futuro urbano; incluso, en su tono diplomático, instaba a utilizarlo como “un punto de partida, un nivel mínimo desde el cual avanzar, y no como un objetivo final”.

Entonces es necesario sentarnos a esperar los hombres y gobiernos de buena voluntad que incluyan en sus pactos políticos, en las constituciones nacionales, algunos de los conceptos o principios derivados de la Declaración de Quito; por ejemplo, el derecho a la ciudad, como se dice que ocurrió con el derecho a la vivienda después de Hábitat II en Estambul, y sin embargo el acceso a la vivienda digna es todavía un fin por alcanzar. Mientras tanto, tendremos que seguir viendo lo que reflejaron los distintos pabellones de la Exposición Hábitat III, un evento paralelo donde gobiernos, instituciones públicas y privadas, organizaciones de la sociedad civil y universidades debían mostrar sus propuestas y compromisos para la implementación de la Nueva Agenda Urbana, y abogar por la vivienda y el desarrollo urbano sostenible. Pero, como es obvio, había de todo. Quienes cumplieron con el propósito de la exposición, y de manera esforzada, exhibían las búsquedas y logros teóricos, metodológicos y prácticos en términos de tecnologías aplicadas a la vivienda y el urbanismo, a mejorar la calidad de vida de las poblaciones, a avanzar en los procesos participativos y de inclusión social, a dar cuenta de las potencialidades y la posibilidad de tejer redes. Entre tanto, muchos gobiernos, como también parece obvio, se dedicaron a promocionar sus países y al gobernante de turno, por lo cual oscilaban entre la promoción turística y el culto a la personalidad. Y en esto había marcados contrastes, por ejemplo, entre las limitaciones de Sudán y la ampulosidad de Marruecos en sus puestos de exhibición; mientras que en el



Es cierto, como se dice en el mismo pronunciamiento, que en estos cuarenta años se mejoró la calidad de vida de millones de habitantes urbanos, pero lo que no han cambiado son las causas para que persistan esas múltiples formas de pobreza, de crecientes desigualdades y de degradación del medio ambiente. Eso no se aborda.



primero, un hombre, en un pequeño cubículo, en medio de artesanías, exponía su país en afiches ya largamente exhibidos, con una rápida lectura de su arquitectura, en el segundo, bellas mujeres ataviadas en trajes típicos de su país invitaban a un espacio generoso, cuyas paredes de madera simulaban la rica arquitectura artesanal tradicional, en una escenografía *milunochesca*. Pero uno de los puntos destacables estaba en el *stand* de Turquía, en el que una enorme maqueta, presidida por una gran foto del presidente Endorgan y parte de su séquito, exhibía un proyecto de desarrollo inmobiliario de tal escala y magnitud, que la catedral de Santa Sofía se perdía y era apenas un referente en medio de jardines y rascacielos de acero y vidrio, con sus torsiones a la mejor manera de la arquitectura global de los petrodólares, el cual se vendía como “un ejemplo de solución de contratación pública a la vivienda para los grupos de bajos ingresos”. Contrastes e inequidades, desarrollo inmobiliario con gran inversión de recursos versus viviendas sociales de bajo costo, discursos por un lado y realidades por otros, y el empuje singular y esforzado de grupos de académicos y de la sociedad civil frente a todo el poder económico y político.

Y por eso también se caracteriza un evento como Hábitat III, pues sin posiciones contestatarias y alternas no sería el megaevento que es. El Foro Social de Resistencia Popular a Hábitat III convocó organizaciones de 35 países, reunidas en

la Universidad Central de Ecuador. Al momento de la declaración final, tal vez por cansancio o por otros compromisos, en un auditorio con el nombre de Che Guevara y presidido por un cuadro de este ícono revolucionario, un grupo que no alcanzaba las cincuenta personas, entre consignas y banderas, reclamaba en su pronunciamiento, entre otras cosas, “coordinar las luchas por la defensa de los territorios con un enfoque integral del hábitat, luchando contra el embate neoliberal, contra los desalojos y los despojos, reivindicando los derechos humanos y el derecho a la tierra, al agua, a la vivienda, a la ciudad y a la no ciudad, así como la función social de la propiedad y la producción social del hábitat”.

La languidez del evento se trasladó con sus consignas del auditorio a las calles, para morir allí y multiplicarse en las redes sociales —un poco lo que son ciertos movimientos sociales contemporáneos, con mucha indignación virtual, limitada movilización y poca capacidad de transformación—. Mientras tanto, los intelectuales y académicos se reunieron en el evento *Hacia un Hábitat III alternativo*. Sin la languidez de uno, ni el tropel del otro, el evento convocó personajes conocidos y reconocidos del mundo intelectual global, quienes plantearon tesis y análisis de la ciudad actual y futura, ante un público entusiasta. Cómo no, este evento también produjo su propia declaración, el Manifiesto de Quito, en el que se reivindicó el derecho a la ciudad para los



ciudadanos y las ciudadanas, y a la vez como un instrumento de redemocratización; los participantes reconocieron la ciudad como un proceso social, enfrentado a la crítica a la ciudad de los propietarios rentistas, los promotores especuladores y los constructores explotadores. A la ciudad de la especulación del suelo le opusieron la del urbanismo ciudadano, haciendo de paso un reclamo a una ética de urbanistas y arquitectos. Hicieron una crítica a Hábitat en general por su ausencia de efectos visibles y resultados prácticos, por la supresión progresiva o el desdibujamiento de temáticas fundamentales, pese a incluir el derecho a la ciudad en la declaración final, y por eso sugieren una agencia de Hábitat independiente, con menos gobierno nacional y más local, y con las organizaciones sociales, es decir, con los verdaderamente implicados en hacer ciudad. ¿Cuáles fueron las personalidades intelectuales y académicas en Vancouver? Tal vez Buckminster Fuller, John Turner, Charles Correa, Iván Illich y el argentino Jorge Enrique Hardoy. Ahora quién se acuerda de sus argumentos o sabe dónde están? En Quito lo fueron David Harvey, Saskia Sassen, Richard Sennet, entre otros. Ahora el futuro dirá qué tanto incidieron o qué tan visionarios fueron con sus críticas y propuestas.

En el evento hicieron presencia instituciones públicas y privadas, organizaciones y academia, sociedad civil y comunidades, con traslapes y puntos de conexión, pero con rumbos distintos.

Algo va de París y Nueva York a Quito, pues en los pactos de aquellas dos ciudades se destinaron recursos, se definieron indicadores, y son pactos vinculantes. Se supone que a Quito asistieron 167 delegaciones de los 193 Estados miembros de la ONU, pero aun así nada de lo consignado es vinculante, ni obliga, ni tiene indicadores ni real seguimiento



•
Tres declaraciones distintas y un solo evento verdadero. Pese a todo, Quito logró, a costa de invertir 30 millones de dólares, su evento-vitrina para mostrar las acciones de innovación en diferentes áreas de la ciudad, como lo señalaba el alcalde.

Tres declaraciones distintas y un solo evento verdadero. Pese a todo, Quito logró, a costa de invertir 30 millones de dólares, su evento-vitrina para mostrar las acciones de innovación en diferentes áreas de la ciudad, como lo señalaba el alcalde. Escogida como sede ante el compromiso económico y la falta de competencia de otra ciudad, a Quito se le valoraron los planes desarrollados para la adaptación al cambio climático, la estrategia de desarrollo de vivienda y calidad de vida, y el éxito de la preservación del centro histórico, como argumentos para validar su designación. Esta es una muestra del *city marketing* en pleno funcionamiento, un evento de impacto para poner la ciudad en el mapa mundial. Ya hay una “Declaración de Quito sobre ciudades y asentamientos humanos sostenibles para todos”, que se suma a la famosa Carta o Normas de Quito, sobre la conservación de monumentos históricos, promulgada en 1967, con lo que logra también el propósito de la recordación de la ciudad. Para cumplir con

